

# Poesía: Kalfu Rayen

Andrés González

¿Cómo se llaman estos dioses que desangrándose están naciendo y haciendo espuma en nuestras bocas?  
¿Cómo se llaman los bailes que emprenden y que tanto se parecen a los tuyos niña? Entre todos los cuerpos del mundo entre todos los cuerpos del mundo están brotando pistas de baile patios de juego jardines desatados desorbitados intuiciones hirsutas están brotando arboledas dementes están brotando a chorros territorios a la deriva frotando los cuerpos todos están brotando dioses que caminan en una en dos en tres en cuatro en cinco en seis en siete en ocho en nueve en diez en once en doce patas están naciendo desde nubes que se deshacen en raíces de cobalto los dioses gatean sobre las espaldas de los niños en cuyas mejillas ha escrito el viento desde hace doce mil años están apareciendo en las cavernas de todos los países del mundo niños verdes y niñas púrpura niños azules y niñas naranjas dicen llegar de un mundo subterráneo o de un mundo que sólo existe en los nodos de la ayahuasca hablan y de sus bocas emanan volutas donde se arraciman pólipos y colibríes diamantes y serpientes amatistas hablan y los sapos vuelven a mezclar su lengua al trueno hablan y las cavernas de la tierra se hartan con los sueños del magma del año cuarenta mil a este cumpleaños están llegando todos los animales por descubrir todos los hongos que eventualmente llegarán a nuestro planeta y nos llevarán a las estrellas más allá del final de los tiempos todos los cetáceos que cantando nos guiarán por las carreteras intergalácticas y sabremos que nadie sabe quién las creó y por qué cantamos y sabremos que nosotros las estamos creando cantando y sabemos por qué éramos azules y púrpuras verdes y anaranjados porque estamos recordando los volcanes de obsidiana y el sol transparente que late en el núcleo de la tierra y los nombres de los chicos con los que jugábamos allí hace tres veces sesenta y cinco millones de años

En mis rodillas bañándose  
estará Tunupa  
en mis rodillas como en un cuenco  
verán a Tunupa bañarse con aguas primeras  
embarrándose de resplandores  
cruel y magnífico  
martilleando mis rodillas

y verán allí  
la sonrisa  
de todos los monolitos

caimán venido de las estrellas amazónicas

caimán los frutos del río

caimán la yuca caída de la luna

caimán los furiosos pasos de baile

caimán reptado misterio

estará Tunupa jugando contigo  
al interior de los libros del tiempo de inundaciones  
agitando las canoas  
rodando los días de flores

las estrellas quieren salir en aymara de tu boca

los ríos te piden el runa simi

tus dientes se hacen nubes  
al hablar zapoteco  
y tú biaani  
dispersas por todo el cuerpo  
de la luz tus semillas tus suculentas semillas  
de la cola a la cabeza de la serpiente que guía y vigila y mueve  
las aguas entre las esferas de siempre arriba

interrogado el novelista acerca de la posibilidad  
de siquiera nombrarte, acerca de los métodos  
para describirte, tiembla, se pone nervioso,  
confunde los papeles donde amontona las notas,  
se le caen dibujos de aspecto infantil en los que  
aparecen coloridas aldeas junto a volcanes y  
padres que flotan de la mano de sus hijos,  
y al pie del mundo, los monstruos abriendo  
sus fauces estrelladas en cuyo interior no faltan  
las Pléyades ni los crueles ojos azules, las  
minúsculas mandíbulas de los nonatos, allí están  
gritando los seres vegetales, allí están sufriendo,  
pero a pesar de todo, hay en su rostro, en el del  
novelista, una sonrisa que resta, casi inadvertida,  
una confianza, algo que ha visto y que aún le  
fulmina los labios, aún le nieva en las costillas  
y le produce cascabeles, infinitos cascabeles  
que no puede contener,

la niña está pues bailando sobre  
el filo de los cerros la niña está  
relámpagueando bordando con  
halos en lo que recortan las  
colinas al cielo en los filos traviosos  
está bailando y bordando contagios  
es el cortejo de la plaga que introduce  
su mano en la espuma del mundo  
en su muñeca se revuelven los peces  
recién dotados de vida recién  
despiertos recién dorados y ya lagos



ella la hermosa  
ella en quien ya  
se remece la isla  
la isla de arriba

asciende por la garganta ya todo asciende asciende por las gargantas por la garganta asciendes todo  
asciende por las gargantas entre la garganta desde ella y hacia la garganta las gargantas ya revierten su  
rumbo las cascadas son gargantas hacen y deshacen son las manos de la nada ellas atraviesa la garganta  
las gargantas atravesadas jugadas en la nada en las nadas gargantas todo asciende ya asciende por la  
garganta por mi garganta dada a mi la garganta por ti las gargantas todo el mundo ido en himno en  
himno en himno en himno

geheimnis  
hímen géminis

limo del mistes  
el hilo de los himnos

aquí la arquitectura la arconía los arcos y dinteles  
de los himnos

en tus pies las  
piedras angulares  
las piedras rodantes de los himnos  
los cantos  
en el canto de la mano

techos de palmeras  
láminas láminas luciérnagas

las manos empolvadas  
crisálidas  
las manos dimanando  
mariposas nunca vistas

está regresando la guerra ella es un pecho que se acelera un corazón que se encrespa  
y hace temblar las músicas al llegar ella aparecen por la mañana mirlos muertos en  
las entradas de las casas aparecen cóndores ahorcados colgando del sol enorme y  
negro que parsimoniosamente comienza a danzar con las manos primero y luego  
ciñendo el mundo de la cintura con todas las risas de extinción de cúspide de  
volcanismo ella es la primera palabra de la labia pineal el gladiolo de la glándula  
la caléndula el tuátara orando siendo tiara entrelazándose las almas arrecia el ajna  
es ella la niña alaj ajna ojo eje de las ánimas humus de los himnos que dimanar  
las membranas de la inmanencia

tú niña hazte espejo  
borla los prismas  
haznos múltiples  
bórdanos en enigmas

Sueño que un avión de piedra volcánica se precipita entre mis texturas de yareta y noche, hojeando las notas de campo hechas sobre la luna; desde su proa se abre una flor despiadada, cada uno de sus pétalos es una cabeza del exilio y desde allí salpica una voz que pasa lista a los nombres de las islas donde en el futuro huirán los monstruos que el zodiaco dejó atrás al fulgurar tan sólo una piel del orden de los himnos.

Este avión son las páginas que vas a escribir cuando seas niño y nazcas ciego en Samarkanda y sólo puedas orar largos nombres de animales que desconoces y que sólo manteniendo en mente la buganvilla podrás vadear, alcanzando la orilla humeante donde crecen los zapallos que mañana se transformarán en campanas para celebrar los bellísimos cercenamientos de los santos negros.

Este avión regresa de una isla llamada Colibrí. Allí se quedó atrapada una legión de conquistadores y sus armaduras se hicieron de diamante y sus pieles se llenaron de escamas y a estos hijos de España les salieron colas de pescados y antenas de langosta y ojos como pólipos. De ahí en adelante, su sed se trocaría en lenguaje y sus dientes devendrían doblones y sus lenguas, batatas. El mar se ampolla, empolla lluvias, calla en la cuchillada, muerde mamando. Del mar están surgiendo gritos y nadie ni nada puede acallarlos. Se necesitarían grandes asesinatos para sacar de esta cabeza toda esta sangre que no cesa de llegar desde quién sabe dónde, quizá de un universo aún más cruel que el nuestro, un universo donde las flores habrían aprendido a volar y a dictar sentencia.

Este avión tiene las huellas de tus dedos en su fuselaje. Imita a los augures y enséñanos qué porta en sus entrañas este volador velludo, este vigía, Venus que sobrecoge. Sus alas son mesetas y sobre ellas se agitan los arcos y las flechas de los cazadores de Saturno. En su espalda destacan los cimientos de minaretes y pagodas derribados por las hordas de la luz cuadrúpeda. Nada más mirarlo me están saliendo aletas por todos lados y membranas entre los dedos de las manos y los pies y en mis mejillas un dedo de hollín escribe los últimos días en que se exprimió el soma y la orina enardeció las pupilas de los agentes lunares.

En el avión se queman las túnicas que habrías usado de haber nacido sacerdote en Lagash. Toda esa púrpura ardiendo y levantando más lenguas que cuando salaron las pezuñas de Moloch. Todos esos jardines colgantes abanicando los tigres extraviados en tus dunas forradas de castillos en ruina. Manos de niños criminales componen el dosel de tu lecho nupcial. Hay nubes recostadas aguardando a ser abiertas en canal. Sus vísceras se ven adecuadas para sazonarlas con perejil. Pero antes de abrirlas, convendría marcarles sus cuartos traseros con notas para que las reconozcan las caravanas de llameros, no vaya a ser que se pierdan y terminen amordazados al Sajama y los cóndores multipliquen los enigmas de sus costillas.

Este avión se construyó a partir de banderolas y volantes, su tren de aterrizaje son trompos de obsidiana y hacen surcos en la tierra. Este avión se mueve en planos donde los únicos sonidos son los gemidos de lo que se desgaja de la muerte para introducirse a mordiscos en las fiestas del oxígeno. Este avión es una columna vertebral que se desgarran en cientos de escarabajos azabaches. Sus alerones son olas y loas, son manos que despellejan las noches de fiebre y destapan las muelas del miedo. Con dedos de parvulario abren los códices de los huesos y allí indagan la almendra que se expande y enlaza los pimientos a la cintura del cazador de las tierras de la ceniza y el ciervo. Por toda la línea costera de Borneo se divisan fogatas, artilugios para invocar el rayo, cencerros cuaternarios, espaldas que ahora mapean el marfil. Los helechos de la fiebre convocan a las orugas a volver a las casas e introducirse en las orejas de los pequeños.

Este es el avión que devora a los inocentes, este es el avión donde viajan los inocentes de un manicomio al otro, aquí murieron todos



los que supieron del molde de la dentellada, aquí murieron los que raparon la hidra del oro, aquí resisten los muros de casas atlantes, aquí podrás encontrar aún dinosaurios agitando los pantanos de la virtud. Dentro del avión sólo podrás contar escaleras, gradas, que ni parten ni terminan, y en cada escalón una catástrofe climatológica.

Este es el avión en cuyo interior jugabas cuando tus dientes pedían permiso de vuelo y te dejaban con la boca entintada y hasta el tope de grullas y zopilotes. Este es el avión desde donde amanecías cuando el terror te lo quitaba todo, incluso las rudas del paladar, incluso las violetas de Persia. Este era el girasol del que le hablabas todos los domingos a tu madre cuando se vestía para llevarte a ver las magnolias que escalaban los Himalayas.

Este es el avión que tú me dibujaste, papá, cuando yo te exigí dibujarme el lugar de las torturas. Este y no las islas Galápagos. Este y no el Gólgota. Este avión de extensas estepas, este avión compuesto de tundras donde se helará mi vaticinio, este lugar donde aprendí a que me lo quitasen todo y sin embargo sostener como una flor mi aliento de alcanfor.

Este es el avión que tú veías caer desde Guyana y decías que eran las vírgenes que regresaban verdes desde el interior hueco de la Tierra. Decías que sus sexos eran álbumes y cada lámina era un pájaro del alcázar del Tercer Hielo. Me tomabas de las manos y me aullabas los nombres de tus hermanos muertos y me los indicabas inscritos entre las agallas del avión al tiempo que éste arrastraba los trópicos hacia el nido de Tezcatlipoca.

Este es el avión que escribiste cuando niño, cuando querías romper en paraísos, triturar las capas de la Antártica, desanudar la espalda de los anquilosáuridos. Este es el avión que escribiste cuando enloquecías, porque sólo a un niño loco se le ocurriría escribir: sin materiales, los niños creen que sólo es posible escribir en competencia directa con el arco iris y los meteoritos. Entonces en su mente comienza a moverse el ciempiés hermético. Entonces en su mente se inauguran los teatros de la conciencia. Entonces los aviones caen en llamas sobre ciudades de la edad del bronce. Entonces, ¿qué hacer con todos estos inventarios en lengua cretense y todas estas ánforas donde combaten el pulpo y la espuma?

Andrés González (Villa Las Estrellas, Antártica Chilena, 1986) Miembro del tagadá La Faunita, juleira jauría de mugres migratorias. Fundador y ex integrante de la banda de free folk/lo-fi/postcolonial core Los Zombies Paraguayos. Ha publicado *Gritos, sólo gritos* (La Faunita, 2010) y *Zodiaca* (La Faunita/Editorial 2.0.1.2.), adelantos de *Temicxoch: huracano- logía de los himnos*. Actualmente canaliza a sacerdotes lemurianos con vistas a escribir la primera *Historia Universal de Lemuria*.